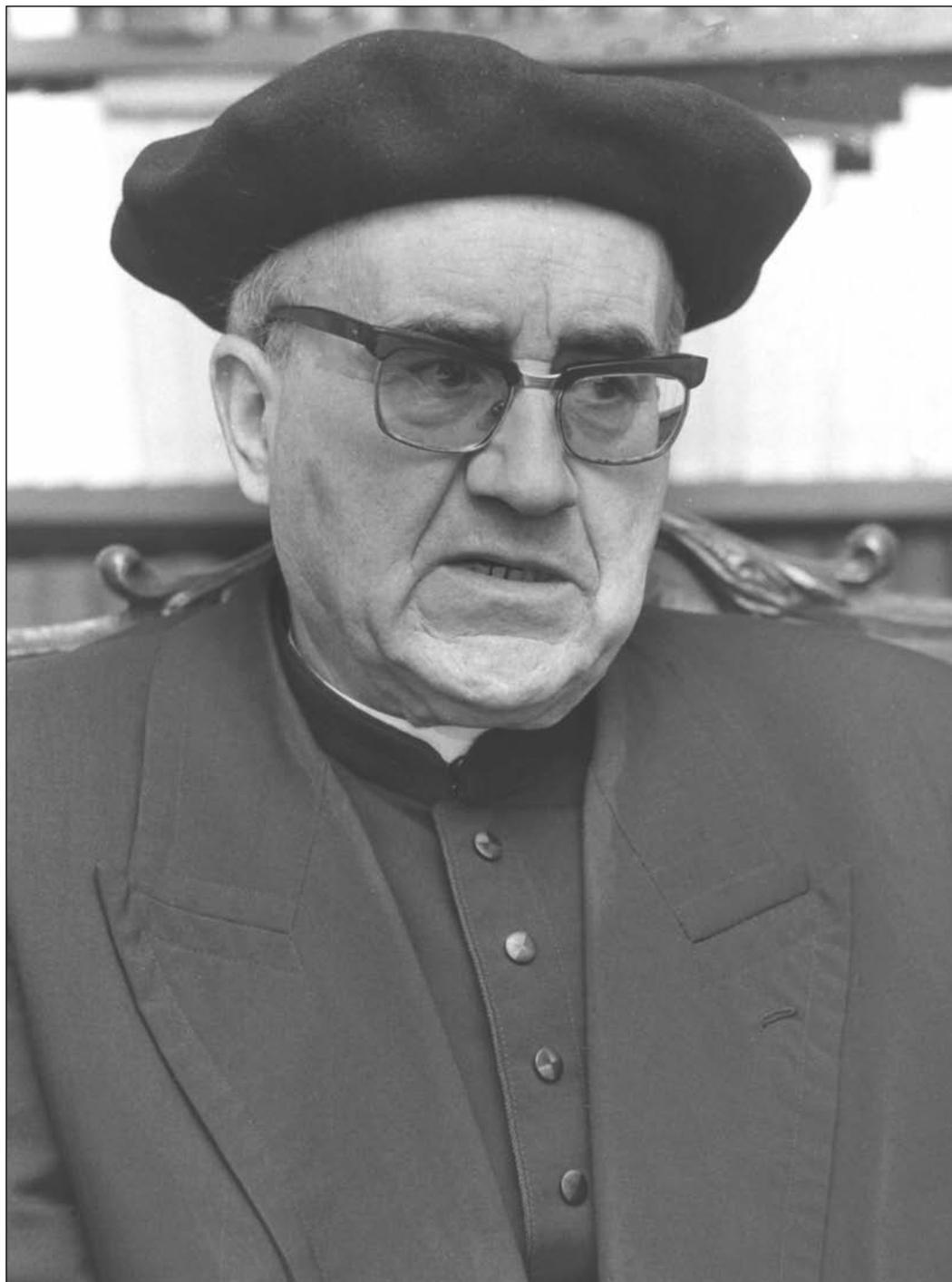


SELECCIÓN DE LA OBRA DE JOSÉ GOÑI GAZTAMBIDE



DIÓCESIS DE PAMPLONA

Pamplona, madre de diócesis, ha sido elevada a metrópoli*

La elevación de Pamplona al rango de metrópoli es un reconocimiento de la función maternal llevada a cabo por la diócesis de San Fermín a lo largo de los siglos. Porque así como Navarra fue madre de reinos, el obispado de Pamplona lo fue de diócesis. Es a San Saturnino a quien debe la luz del Evangelio en el siglo III. En el siglo VI, y tal vez antes, en Pamplona y su comarca la fe estaba suficientemente arraigada y extendida para que se estableciese en ella una diócesis. A partir del año 589 los obispos de Pamplona asisten a los concilios nacionales de Toledo y firman sus actas. La invasión árabe perturba, pero no destruye, la organización diocesana. En el año 829 el obispo Opilano consagra la iglesia de San Pedro de Usún. En 851, San Eulogio de Córdoba, en su epístola a Wilesindo, obispo de Pamplona, dedica páginas emocionadas a los florecientes monasterios navarros, de los que se había llevado un precioso botín de códices. A fines del siglo IX gobierna la diócesis el obispo don Jimeno.

DESARROLLO TERRITORIAL DE LA DIÓCESIS

En el siglo X la cadena de prelados pamploneses no se interrumpe ni un solo momento. No se hallan refugiados en Leire. Residen en Pamplona, en San Millán de la Cogolla, en Albelda. Acompañan a la corte, y su parecer es escuchado por los reyes, que buscan en ellos consejo. Los monarcas ponen en sus manos todas las tierras que arrebatan a los moros. Ellos mismos expanden silenciosamente la fe en las regiones vecinas. Así, la diócesis de Pamplona pronto comienza a desbordar las fronteras del reino. En el siglo X había adquirido tal extensión, que difícilmente podía ser atendida por un solo prelado. Por eso el obispado pamplonés don Galindo, de acuerdo con Sancho el Mayor, procedió a dividir la diócesis, creando tres nuevos obispados: Nájera y Tobía, en La Rioja, y Sarabe en Aragón. Los dos primeros se fundieron pronto en uno solo, que tomó el nombre de Calahorra. El de Sarabe fue conocido primero por obispado de Aragón y más tarde por obispado de Jaca-Huesca. Después de esta desmembración, los obispos de Pamplona conservaron un territorio en Aragón, que llevó el nombre de arciprestazgo de La Valdonsella, con su capital en Uncastillo.

* *Ecclesia*, año XVI, núm. 791, pp. 259-262.

(Nota del editor). Texto corregido con los datos aportados por don José en la conferencia "La catedral de Pamplona. Su historia". Véase infra pp. 555-567.

Más aún. Por lo menos desde el siglo XII, la mayor parte de Guipúzcoa perteneció a la diócesis iruñesa, sin duda por haber sido los navarros los que llevaron la luz del Evangelio a la vecina provincia. A finales del mismo siglo XII, el obispo pamplonés don Pedro de París entregó al de Bayona una zona de Guipúzcoa, que, juntamente con el Baztán, Santesteban y las Cinco Villas de la Montaña, retuvo hasta el año 1567, en que todo volvió a la diócesis de San Fermín. Es el momento de máxima extensión territorial de la diócesis, cuando ésta se hallaba integrada por 1.156 parroquias, 173 abadías rurales y 1.258 sacerdotes. Esta situación permaneció invariable hasta el año 1785, en que se desgajó La Valdonsella, con sus 48 pueblos, en provecho de los obispados de Jaca y Huesca. En 1862 la diócesis sufrió un nuevo recorte, por el que 96 parroquias de Guipúzcoa, con San Sebastián a la cabeza, fueron segregadas para engrosar la nueva diócesis de Vitoria. En compensación, Tudela, que durante algunos años del siglo XII había pertenecido a Pamplona, fue agregada de nuevo a la silla de San Fermín en virtud del concordato de 1851; pero este concordato nunca fue ejecutado en este punto. Los obispos de Pamplona desde 1851 hasta 1923 recibieron en la bula de nombramiento el título de obispos de Tudela, mas nunca ejercieron su jurisdicción en territorio tudelano. Ahora vuelven de nuevo a orientarse hacia Pamplona las diócesis que nacieron o recibieron de ella su influencia espiritual durante siglos. Calahorra, Jaca, San Sebastián y Tudela.

SUS MÁS INSIGNES PRELADOS

Al frente de ella han brillado no pocos prelados eminentes por su sabiduría y celo pastoral. Don Pedro de Roda (1084-1115) emprendió la construcción de la catedral y constituyó en ella un cabildo de canónigos bajo la regla de San Agustín, que se conservó hasta su secularización por Pío IX en 1860. El templo catedralicio fue solemnemente consagrado en 1127 por don Sancho de Larrosa, fundador también del hospital de Roncesvalles. Esta catedral románica estuvo en pie hasta 1391, en que se hundió casi por completo, siendo inmediatamente sustituida por la actual, de estilo gótico, salvo la fachada principal, que es neoclásica, de fines del XVIII.

Antes del hundimiento, comenzaron a surgir en torno suyo las maravillosas dependencias canónicas, que prestan a la catedral su fisonomía más típica. Un obispo insigne entre los más insignes, Arnaldo de Barbazán (1318-1355), edificó la preciosa capilla que todavía lleva su nombre, la mitad del claustro y el dormitorio bajo de los canónigos*. Por otra parte, levantó el nivel intelectual y moral del clero mediante la celebración de cuatro sínodos y la publicación de una *Suma de Sacramentos*, que durante más de dos siglos fue el libro de formación del clero diocesano; fundó la cofradía del Santísimo, la más antigua en su género, e introdujo el rezo del Angelus. Además puso fin a las luchas entre la corona y la mitra, que duraron más de un siglo, renunciando generosamente al dominio temporal sobre la ciudad de Pamplona y sobre los castillos de Oro y Monjardín.

La reforma de la diócesis recibió en el siglo XVI un impulso decisivo de toda una serie de obispos de gran talla: Pacheco, Fonseca, Moscoso, Ramírez, Manrique, Lafuente, Rojas... El cronista de Carlos V, fray Prudencio de Sandoval (1612-1620), iluminó la historia de la diócesis con su *Catálogo de los Obispos de Pamplona* (1614). Don Francisco de Añoa levantó en el siglo XVII el actual palacio episcopal. Fray Veremundo de Arias y don Severo de Andriani, en el XIX, defendieron heroicamente los derechos de la Iglesia, oprimida por la Revolución, aun a costa de grandes persecuciones y destierros.

* (Nota del editor). Vid. infra pp. 555 y 562.

POR LA CULTURA Y FORMACIÓN ECLESIAÍSTICAS

La falta de un centro de formación eclesiástica, sentida en la Edad Media, fue en parte remediada por los *Estudios de Gramática*, que en los albores de la Edad Moderna se multiplicaron en diversos puntos de la diócesis: Pamplona, Estella, Tafalla, Sangüesa, Olite, Puente la Reina, Tolosa, San Sebastián, Uncastillo y Falces. En el siglo XVII se añadieron las universidades de Pamplona e Irache, a cargo de los dominicos y de los benedictinos, respectivamente. Numerosos conventos y varios colegios de los jesuitas tenían sus aulas abiertas a los futuros sacerdotes, mientras dos pequeños seminarios de carácter privado, el de la Asunción (1576) y el de San Juan Bautista de Pamplona (1731), cuidaban de la formación espiritual de los aspirantes a la dignidad sacerdotal, en espera de que fuera erigido un seminario conforme a las normas del concilio de Trento. Esta ardua empresa estaba reservada a un gigante del episcopado pamplonés, don Juan Lorenzo de Irigoyen, el cual, venciendo con rara habilidad todas las dificultades que sus predecesores habían juzgado insuperables, inauguró el 5 de mayo de 1777 el Seminario Conciliar. Pronto se vio concurrido por centenares de jóvenes no sólo de la diócesis, sino de las provincias vecinas. Al año siguiente de su apertura eran más de 500 los seminaristas. Tres años más tarde se acercaban a los 600; en la actualidad pasan de 730.

Todo el mundo palpaba la transformación de los futuros ministros del Señor. A cuarenta y cinco años de distancia, los efectos eran evidentes y tangibles. En su relación de visita “ad limina” del año 1821, comunicaba a Roma el obispo don Joaquín Javier Uriz y Lasaga que el Seminario Conciliar “ha sido de un inmenso y continuado fruto”. Y añadía: “Parece que el clero aquí, en general, no cede a los demás de España y que todavía se le cuenta y debe contar entre los más distinguidos por su moralidad, instrucción, aplicación y amor al estado eclesiástico, y unas cualidades tan recomendables, después de Dios, las ha debido y debe a un tan santo establecimiento”.

CARIDAD Y BENEFICIENCIA

La caridad cristiana sembró desde fines del siglo XI el camino de Santiago de una tupida red de hospitales y albergues para los peregrinos, entre los cuales adquirió una celebridad mundial el de Roncesvalles por la amorosa solicitud con que atendía a los numerosas peregrinos que de toda Europa acudían a Compostela. Sólo el año 1512 socorrió a más de 30.000 peregrinos. Cuando a principios del siglo XVI se extendió en Navarra la tendencia a centralizar la asistencia a los enfermos pobres, dos parientes de San Francisco Javier, don Juan de Eguía y el famoso canonista doctor Remiro de Goñi, construyeron y dotaron el Hospital General de Estella y el de Pamplona, respectivamente. Tres siglos más tarde, un obispo celoso, don Joaquín Úriz y Lasaga, instituyó y dotó la Casa Maternidad de Pamplona, y en casi todas las poblaciones de alguna importancia surgieron asilos para ancianos desvalidos, arcas de misericordia para remedio del labrador pobre y fundaciones para socorro del estudiante necesitado, o dotación de doncellas pobres, cuya enumeración sería interminable.

MISIONEROS, MÁRTIRES Y SANTOS

Pero no sólo la caridad. Todas las virtudes cristianas florecieron en esta privilegiada tierra. San Fermín, después de evangelizar las Galias, dio su vida por Cristo en Amiens, San Virila y San Veremundo perfumaron con su santidad ingenua y milagrosa los monasterios de Leire e Iranzu, de los que fueron abades. San Ignacio de Loyola,

herido en Pamplona, hijo de la diócesis de Pamplona, fundador de la Compañía de Jesús, es el santo más español, pero que se mueve siempre en el plano de lo universal. En él revive la España de las cruzadas, la España de las misiones lejanas, la España de las ascensiones místicas y también la España militar. Sus ambiciones apostólicas son mundiales como las de la España del siglo XVI. Contagiado con su ímpetu misionero, San Francisco Javier parte para las Indias, impaciente por extender el reino de Dios hasta el confín de la tierra. El beato Esteban de Zudaire derrama su sangre por Cristo, camino de las misiones del Brasil, antes de llegar al término de su viaje.

Junto a estos cinco bienaventurados, venerados por la Iglesia en los altares, cuántos otros personajes de virtud excelsa han muerto en olor de santidad, dejando tras sí una estela inextinguible de celo y heroísmo. Mencionemos tan sólo al doctor Navarro, don Martín de Azpilcueta, devotísimo de la Eucaristía, alma transida de caridad para con los pobres, artífice incomparable de la Reforma católica; el austerísimo don Juan Lorenzo de Irigoyen, obispo de Pamplona; a los misioneros padre Esteban de Adoain, O. M. Cap., y padre Tomás Esteban, S. I.; al celosísimo obispo de Barcelona, don Manuel Irurita, víctima de la barbarie roja; a don Cipriano Olosa, prototipo del sacerdote humilde, totalmente entregado a Dios y a las almas.

CIENCIA SAGRADA

Si de la santidad pasamos al campo de la ciencia sagrada, nos saldrán al paso figuras de relieve universal. Los nombres de don Rodrigo Ximénez de Rada, Moret, Astrain, Arigita y Villoslada ocupan un puesto importante en la historiografía. El profundo Carranza y el sutil Ripalda nada desmerecen al lado de los grandes teólogos del siglo de oro. Recentísimas investigaciones acaban de descubrir en el doctor Navarro a uno de los más grandes moralistas de todos los tiempos. Fray Diego de Estella brilla con esplendor en el terreo de la literatura ascética.

No es extraño que los navarros hayan dejado una profunda huella en los concilios ecuménicos. Cuenta Menéndez Pelayo que al susurrarse la llegada de don Rodrigo Ximénez de Rada a Roma, el Papa Inocencio III prorrumpió en esta frase: “Si el Arzobispo de Toledo viene a nuestra ciudad, con gran vergüenza nos sentaremos en la silla de San Pedro”. El prestigioso navarro fue a la Ciudad Eterna y resplandeció en el IV Concilio de Letrán, derramando raudales de ciencia. En el Concilio de Constanza, los representantes navarros, de acuerdo con los castellanos, trabajaron eficazmente por la terminación del cisma de Occidente y por la rápida elección del Papa. En Trento, el obispo de Badajoz, don Francisco de Navarra, fue uno de los padres más eminentes de las dos primeras legislaturas, y Carranza se granjeó fama inmortal por la profundidad de sus conocimientos teológicos lo mismo que por la ejemplaridad de su vida. Y no faltó en el concilio vaticano el Obispo de Pamplona para dar su placet, que era el de la diócesis entera, al decreto dogmático sobre la infalibilidad pontificia.

EN LA CRUZADA CONTRA EL ISLAM

No menos señalados servicios prestó Navarra a la Iglesia en la Cruzada de la Cristiandad contra el Islam. En el siglo XI es Sancho el Mayor el caudillo de la reconquista española. Y cuando Castilla ocupa el lugar primordial, Navarra no se desentiende de la lucha contra los invasores musulmanes, sino que coopera eficazmente en las batallas más decisivas, como las de las Navas de Tolosa, y en la recuperación de

las ciudades más importantes de España, como Toledo, Zaragoza, Valencia, Murcia, Almería, Córdoba y Algeciras. Y como si la Península ibérica fuera estrecho campo al espíritu emprendedor de los navarros, vuelan éstos a tomar parte en las Cruzadas europeas de Oriente para rescatar los Santos Lugares de manos de los turcos. Teobaldo I es el único rey de Europa que toma la cruz en la sexta Cruzada; y seguido de sus bravos navarros y de numerosos caballeros franceses logra rehacer momentáneamente el dominio cristiano en Tierra Santa. En la octava y última Cruzada, dirigida contra Túnez, asombran al mundo, tanto por sus proezas como por sus infortunios, el santo rey de Francia, Luis IX, y el religiosísimo Teobaldo II de Navarra. Ningún otro reino de España puede ostentar gloria semejante. Navarra fue el único reino español que, escuchando el llamamiento pontificio, intervino en las Cruzadas ultramarinas.

Cuando aquéllas fracasaron en su objetivo fundamental, se pensó en cambiar de táctica. La conquista armada debía dejar paso a la conquista espiritual. Los infieles debían ser sometidos al yugo de Cristo, no por la eficacia del hierro, sino por la virtud del Espíritu y la predicación del Evangelio. A la época de las Cruzadas sucedió la de las misiones. Y aquí es donde el genio de Navarra se manifestó en toda su fuerza. Ese genio tiene un nombre: es Javier, una de las figuras más gloriosas del apostolado cristiano. Legiones de navarros le han seguido, fascinados por su ejemplo. Citaremos uno solo: fray Francisco de Pamplona, otro impaciente a lo Javier, que mereció de la Congregación de Propaganda Fide el dictado de fundador de las misiones del Congo. Él introdujo también a los capuchinos en las misiones americanas.

MÁS QUE UNA SEDE EPISCOPAL

Pero ¿a qué seguir contando y cantando las glorias de esta diócesis milenaria? La irradiación espiritual de Pamplona, el honor del reino, el prestigio de la corona exigían algo más que una simple sede episcopal. No estaba bien que un reino independiente en lo político, como era el de Navarra en la Edad Media, dependiera de otros en lo eclesiástico. Porque parecía que Pamplona estaba destinada a ser siempre sufragánea. Primero, en la época visigótica, de Tarragona; después, en los primeros siglos de la Reconquista, de Auch (Francia); a partir de 1154, otra vez de Tarragona; desde 1318, de Zaragoza; desde 1574, de Burgos, y, por fin, a raíz del concordato de 1851, de nuevo de Zaragoza.

Carlos II tuvo una idea genial. Logró de Clemente VII que la eximiera de la jurisdicción arzobispal de Zaragoza y la pusiera inmediatamente bajo la dependencia de la Santa Sede, que entonces era lo mismo que no depender de nadie. Así estuvo desde 1385 hasta 1420. Entre tanto, Carlos III el Noble, dando un paso más, solicitó para la capital de su reino, que brillaba con incomparable fulgor en el campo de las artes, el rango de metrópoli. No quería que las iglesias navarras estuvieran regidas por obispos extranjeros, ni que las iglesias extranjeras estuviesen sometidas al prelado de Pamplona. Menos podía pasar por que el sucesor de San Fermín prestase obediencia al arzobispo de Zaragoza. La autonomía de Navarra debía ser completa, salvo la obligada conexión con el centro de la cristiandad. Los límites eclesiásticos debían coincidir con las fronteras del reino. Navarra debía constituir una provincia eclesiástica, integrada por la metrópoli, Pamplona y tres nuevos obispados: Irache, Tudela y Roncesvalles, a los que se incorporarían todos los pueblos navarros pertenecientes a las diócesis de Zaragoza, Tarazona, Bayona y Calahorra. El futuro arzobispo de Pamplona se desprendería del rico arciprestazgo de La Valdonsella en beneficio de las diócesis de Zaragoza y Tarazo-

na. A la de Calahorra se resarciría dándole la provincia de Guipúzcoa. La diócesis de Bayona no merecía compensación alguna, por cuanto estaba regida desde hacía mucho tiempo por obispos intrusos.

Tal era, a grandes líneas, el plan de Carlos III, del que su autor se prometía grandes ventajas. La corona y el reino experimentarían un considerable aumento de prestigio, y los navarros, aragoneses y guipuzcoanos no tendrían necesidad de salir de sus respectivos reinos para sus asuntos religiosos, cosa muy estimable en una época en que tanto abundaban las guerras entre los reinos hispánicos. Benedicto XIII se mostró, en principio, dispuesto a complacer al monarca; pero, careciendo de un conocimiento exacto de la realidad, encargó a don Rodrigo de Medina, prior de Nájera, y a don Martín de Beortegui, arcediano de San Pedro de Usún en la catedral de Pamplona, que, previo un estudio a fondo sobre el terreno, le informaran secretamente sobre el asunto.

EN BUSCA DE LA SEDE METROPOLITANA

El proyecto no pasó de proyecto. Aun suponiendo que fuera viable, hería demasiados intereses políticos y eclesiásticos. Nada menos que cinco eran los Obispos perjudicados. Por otra parte, Castilla y Aragón no podían consentir que el reino de Navarra ganara en cohesión interna, ni el Papa Luna podía permitirse el lujo de malquitarse con los Estados más poderosos de la Península hispánica. Pero el plan respondía a una legítima aspiración de Navarra. No es extraño que nunca fuese sepultado en el olvido. Aún no había transcurrido medio siglo, cuando el vicario general don Juan de Michaelibus se dirigía a su obispo, el cardenal Besarión, interesándole en la idea de conseguir para su diócesis el privilegio de diócesis exenta, que había poseído en tiempo de sus antecesores los cardenales Martín de Zalba (1377-1403) y Miguel de Zalba (1404-1406).

Antes de pasar otro medio siglo, los últimos reyes de Navarra, don Juan y doña Catalina, inspirándose en el proyecto carlino, tratan de conseguir la transformación de Pamplona en sede metropolitana. Según sus deseos, el nuevo arzobispado lo formarían tres diócesis de nueva planta: Tudela, Sangüesa y Roncesvalles, a las que se asociarían los viejos obispados de Lescar y Olorón. Así, el clero navarro y bearnés no dependería de metropolitanos extranjeros, y, en caso de guerra, los eclesiásticos podrían contribuir a los gastos del Estado.

Un poco más de medio siglo después recoge la idea el cabildo de Pamplona. No es un interés egoísta el que le mueve. Se trata de evitar que Pamplona caiga bajo la dependencia de Burgos, a la que Felipe II se propone elevar al rango metropolitana. Para ello nada más eficaz que convertir la sede iruñesa en arzobispal. “Sobran territorios y rentas”, sostenían los canónigos. “La diócesis de Pamplona –añadían– es amplísima y muy extendida y hay en ella cerca de 1.000 iglesias parroquiales con pilas bautismales, y muy pocos obispados se hallarán en España en que haya más de 200 o a lo más 300 iglesias parroquiales de pilas bautismales”. De ahí que sea muy difícil para un solo prelado regirlas bien y visitarlas. El proyecto daría prestigio al reino, “serían los pobres más socorridos con limosnas, y los de este reino tendrían ocasión de disponerse a que pudiesen ser proveidos de prelacias y dignidades”.

La ambiciosa idea fue recibida con aplauso por las cortes navarras, reunidas en Estella (567), pero Felipe II, de quien dependía todo, no estaba por complacer a Navarra.

UNA VIEJA ASPIRACIÓN, LOGRADA

Recientemente, cuando Vitoria trató de conseguir para sí el rango arzobispal, Pamplona volvió a presentar sus propias aspiraciones, que al fin han sido satisfechas plenamente por la Santa Sede. Así, el viejo proyecto de Carlos III se halla realizado en lo que tenía de más sustantivo. Los límites eclesiásticos coinciden con las fronteras del antiguo reino. Tudela es obispado y, finalmente, la sede de San Fermín acaba de ser decorada con el título de metropolitana. En torno de ella girarán Calahorra, Tudela, San Sebastián y Jaca, todas ellas salidas de su seno. Desde la nueva demarcación, que entró en vigor el 1 de enero de 1956, la diócesis de Pamplona cuenta con 372.889 fieles, agrupados en 605 parroquias y 225 filiales, bajo la dirección espiritual de 926 sacerdotes seculares y 438 regulares. La de Tudela comprende 22.000 habitantes, nueve parroquias, con una filial, 49 sacerdotes seculares y 32 regulares. El primer arzobispo de la nueva provincia eclesiástica será el excelentísimo señor don Enrique Delgado Gómez, que hasta ahora había regido certeramente los destinos de la diócesis con el título de obispo de Pamplona.

